

á paso llano el pié luego
entró a tomar posesión.

Y tan perdida quedé,
cuando los ojos por verle,
alcé que por no perderle
me di por el dulce pié.

Y como me di a mi diera
por solo este pié pintado
cuanto bien imaginado
puede haber, si le tuviera.

Aquesto así ejecutado,
me fuera suma riqueza
verle sobre mi cabeza,
después de haberle besado.

Que no solo vencedor
tu robusto brazo diestro
es, que con tu pié siniestro
hieres y matas de amor.

Mil dardos del me arrojaste
y al alma todos llegaron,
y mil heridas causaron
de amor con que me mataste.

Luisa de CARVAJAL y MENDOZA.

RECUERDOS (1)

El jilguero que voló de mis manos



Es uno de los más remotos recuerdos de mi infancia. Yo era muy niño; por eso hay muchas cosas vagas, inconcretas, en los detalles del suceso. Tan solamente algo quedó grabado para siempre en mi mente de manera nítida, precisa: aquel jilguero, el jilguero que voló de mis manos cuando pasaba el rey.

Era el 25 de Abril de 1905. Desde unos días antes, en Cáceres no se hablaba más que de la venida de don Alfonso XIII. Aquella mañana toda mi familia marchó a fomar parte en el recibimiento: unos iban a la estación; otros a las tribunas instaladas en la plaza. A mí me mandaron a casa de mi tía bisabuela, la condesa de la Torre de Mayoralgo, que habitaba en su artístico y señorial palacio, cuya fachada principal se alza frente a la iglesia de Santa María, en la que se iba a celebrar el *Te Deum* con asistencia del rey.

Creo que con la idea de ver más de cerca al monarca, no nos instalamos en los balcones que dan a la plaza de Santa María, sino en una de las rejas de la planta baja, que se abren a la estrecha calle del Arco de la Estrella. Mi tía Matilde—la anciana condesa se llamaba doña Matilde Mayoralgo y Ovando—estaba conmigo. Teníamos al lado muchas flores cortadas, unas palomas y un cestillo con tapa, dentro del cual había un jilguero. Flores y pájaros se destinaban a ser lanzados al paso de Su Majestad.

Desde mi llegada, el jilguero atrajo toda mi atención. Le veía moverse entre las finas mimbres, ágil, asustado. Mi tía, que comprendió mi predilección, me hizo entrega del cestillo, diciendome:

—Toma el jilguero, y cuando pase el rey, lo sueltas.

Ya he dicho que mis recuerdos de este día son vagos, excepto en cuanto se refieren al pajarillo. No sé que otras personas estaban con nosotros, ni si la espera se prolongó mucho.

Las campanas de Santa María y las aclamaciones de la multitud nos anunciaron que se acercaba el cortejo:

—Prepárate, que ya viene al rey; saca el jilguero—me dijo mi tía.

Abrí el cesto y cogí el pájaro entre mis manos.

(1) Bajo este epígrafe y con el presente trabajo, el autor inicia una sección, en la que irá recogiendo impresiones y recuerdos de personajes, ya fallecidos, con los que tuvo trato directo y personal

Pronto estuvo ante nuestra reja un coche descubierto, lleno de flores, que avanzaba con lentitud. Un rostro alegre y juvenil nos miró sonriente. Mi tía hizo una profunda reverencia y comenzó a arrojar flores, mientras otros acompañantes nuestros ponían en libertad a las palomas. Yo me había quedado absorto, inmóvil, contemplando aquel rostro sonriente, que era nada menos que el del rey de España.

—Suelta el pájaro—ordenó mi tía Matilde.

Abrí un poco los dedos, y el jilguero voló de mis manos, para perderse en la alegre luminosidad del aire limpio de la mañana abrilena. El coche había pasado. En un instante, me quedé sin rey y sin pájaro. Aquello grabó en mí una extraña, honda y sentimental asociación de ideas; a lo largo de mi vida, en los momentos solemnes, uní siempre a la figura de don Alfonso XIII el recuerdo del pajarillo que voló de mis manos en la mañana primavera.

No vino a mí este recuerdo en muchos años. Cuando ví o hablé a aquel monarca tan caballero, tan simpático y tan español, en diversas ocasiones, parecía haberse borrado de mi memoria. En hipódromos, en teatros, en plazas de toros, en suntuosas ceremonias palatinas, en actos públicos o privados, en todos aquellos momentos que contemplé o estuve junto a Su Majestad, no pasó por mi mente el infantil recuerdo. Por vez primera vino a mi memoria cuando de nuevo visitó don Alfonso, Cáceres el 17 de Noviembre de 1928. Asistí aquel día a todos los actos que se celebraron. Al despedirse el monarca, para marchar en automóvil a la finca «Guadalperal», tuve la sensación de que se despedía para siempre de Cáceres, de que no iba a volver nunca por esta vieja ciudad. Y entonces vino a mí el recuerdo del pajarillo que, cuando el rey pasaba, voló de mis manos, para no volver más a ellas. Acerté: don Alfonso XIII, no volvió a Cáceres.

Tres años más tarde, la evocación fué mucho más intensa. Era el 14 de abril de 1931. España entera se conmovía, agitada por un mar de pasiones, ante el ocaso de la tradicional monarquía católica y la turbia aurora de la república laica. Entonces sentí muy hondo el infantil recuerdo; como el jilguero que voló de mis manos, el rey volaba de las manos de España de una España que tenía que quedar triste y suspensa, huérfana y desamparada, como quedara yo en aquel otro lejano día, también abrileno.

En 1935 ví a don Alfonso XIII en Roma, cuando estuve en la boda del príncipe don Juan, celebrada el 12 de Octubre. Uno de aquellos días, charlando yo en un pasillo del *Gran Hotel* con don Juan de la Cierva, viejo amigo de mi familia, pasó el rey y se detuvo con nosotros:

—¿Os marcháis mañana?—nos preguntó.

—¡Sí, Majestad!—dijo La Cierva.

—¿Vais a Madrid?—inquirió de nuevo el soberano.

—Yo, Señor, sí—contestó don Juan.

—Yo voy a Cáceres, Majestad—dije.

—¡Cáceres, que ciudad tan maravillosa!—exclamó el monarca—



NUESTROS ARTISTAS: «Ermita Herguijuela»; por Victoriano Martínez Terrón (Paisaje que obtuvo el primer premio de Pintura en la IV Exposición de Arte)

Bien podéis tener cuidado con el barrio antiguo. Es de lo mejor que hay en España.

Nos tendió la mano:

—Os dejo. Me están esperando arriba.

Entonces fué más auténtica que nunca la sensación: cuando solté la mano del rey, mientras le veía alejarse, pensé que de mi propia mano volvía a volar el jilguero, para no verlo nunca más.

Y nunca más lo ví. Un día, barrida ya la República laica y triunfante el Movimiento Nacional, llegó la noticia de su muerte. Había dejado de existir en Roma, cristianísimamente, el 28 de Febrero de 1941. Con honda emoción, vino a mí el viejo recuerdo: ¡el alma del rey había volado de las manos del mundo, camino del Cielo, como el jilguero que voló de mis manos!

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



Poesías selectas de Angel Marina

Por FRAY ENRIQUE ESCRIBANO

Volumen noveno de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES